

LUGO

Si acaso hiciera falta y quisiéramos ser más exactos, hoy debiéramos cambiar la cabecera de este comentario, sustituyendo el tiempo presente por el pretérito, y titularlo "Lo que vimos", ya que la fecha de nuestra última estancia en Lugo, si no se pierde en la noche de los tiempos, como el devenir histórico del ladrillo, es cierto que ocurrió en fechas poco recientes. Por otra parte, Lugo, para nosotros, nunca fue el objetivo de nuestro viaje a Galicia, sino únicamente ciudad de paso o utilizada para la pernoctación. Recordando el argot ciclista, diremos que siempre fue "meta volante" y nunca *ville étape*. Por lo dicho se comprende que nuestro conocimiento lucense es más bien enteco. Sin embargo, son numerosos los recuerdos, que ahora se reavivan con las fotografías que en gran número tengo ante mí.

Para llegar a Galicia, si queremos hacerlo con libertad y sin tener que sujetarnos a los horarios de los medios colectivos de transporte, empezamos a recordar se impone la utilización de nuestro automóvil particular. Hasta hace bien pocos años, Galicia, desgraciadamente, estaba separada de nosotros por la carretera nacional radial número VI Madrid-La Coruña, que paradójicamente nos unía con la húmeda región. Pese a que, seguramente para dar ánimos, en plena cuesta de las Perdices había unos indicadores con las distancias en kilómetros a las distintas capitales gallegas, el iniciar un viaje por carretera hacia allá era como para pensarlo. Nada más salir nos encontrábamos con el Alto de los Leones de Castilla y su terrorífica "recta de Madrid"; entre San Rafael y Villacastín, la cuesta del Cristo del Caloco, y tras el descenso de las rectas con que cruzamos la llanura castellana y leonesa, el Manzanal nos recordaba que entonces era cuando verdaderamente empezaban las dificultades. En efecto, hasta Ponferrada, curva tras curva, y tras un ligero descanso hasta Villafranca del Bierzo, el interminable puerto de Piedrafita del Cebrero nos daba la bienvenida gallega, y mientras en Vega de Valcarce y Trabadelo, pese a que administrativamente pertenecen a la provincia de

León, establecíamos el primer contacto visual con la arquitectura popular gallega, esuchábamos, también por vez primera, el chirriar que producen los ejes de las ruedas de madera de las carretas, gaitas sin fuelle de las carreteras, tiradas por bueyes y cuyo sonido nos iba a acompañar ya siempre en nuestros recorridos por las tierras celtas, verdes y húmedas. Ya en el alto, si no teníamos mucha prisa, podíamos detenernos para conocer las típicas pallozas y optar incluso por dar un rodeo para pasar por Samos. Si el tiempo que disponíamos era escaso, el camino directo por Becerreá nos plantaba en un santiamén ante las murallas romanas de la ciudad de Lugo, donde nos apetecía pernoctar.

Esta descripción del viaje a Galicia de hace unos años hoy se modifica en algunos tramos (túnel de Guadarrama, por ejemplo) y se mantiene, con el trayecto mejorado notablemente, en otros. Pronto el nuevo acceso a Galicia por carretera, en el que se trabaja, nos desviarán desde Ponferrada hacia Monforte y Chantada, dejando al margen la entrada actual directa por Lugo. Excepto una vez, siempre encontramos alojamiento allí, ora en el hotel Méndez Núñez, ora en otro hospedaje lucense, y en varias ocasiones hemos tenido ocasión de descansar cerca del Miño, mientras las aguas del río continuaban su camino y las murallas de la ciudad protegían y velaban nuestro sueño. Conste que no guardamos ninguna animadversión contra la ciudad por no habernos acogido en la ocasión mencionada, ya que reconocemos paladinamente que a las doce de la noche, y en plena temporada turística y veraniega, no es lógico pretender encontrar acomodo ni exigir posada ante la competencia del extranjero, que a las cinco de la tarde detiene su *voiture* o su *car*, se aloja cómodamente y dedica las restantes horas del sol a tomar un primer contacto con la ciudad. En este aspecto son las dos descripciones las maneras clásicas de aplicar horarios en los viajes por parte del indígena y el foráneo.

Recordando de nuevo, y antes de entrar

en la ciudad, nos agradaría ahora dar un parcial repaso nostálgico a la provincia, de singular belleza paisajística. Desde Lugo, siguiendo al final del itinerario el valle del río Eo, como suele decirse, verdadero paraíso del pescador, hemos hecho más de una vez el recorrido hasta su desembocadura por la ría que separa Galicia de Asturias, en cuyo fondo se alza Vegadeo y que vigilan Ribadeo, Castropol y Figueras. Este camino es delicioso, al principio entre valles y montañas con todos los tonos de verdes que uno imaginarse pueda, si es la época, con el contraste de los amarillos de la flor del tojo, tan característicos, y terminando por las orillas del río, cuya belleza en algún caso desgraciadamente maltratan los refugios para pescadores, ideados sin haber tenido en cuenta para nada el impresionante paisaje que les rodea. Junto a ellos y como complemento, que maldita la falta que hacían, se han creado unos innecesarios jardines de trazado muy geométrico y urbano. Como siempre hemos leído grandes elogios dedicados a ellos, aprovechamos ahora para expresar nuestra opinión disconforme.

La estancia en el Parador Nacional de Ribadeo, acompañado por el número 98, de febrero de 1967, de esta revista, dedicada precisamente a los tres pueblos vigías de la ría, es por demás recomendable. De su mano conoceremos perfectamente estos tres pueblos, uno gallego y dos asturianos, tan bellos, a quienes separa la ría, que podemos cruzar cuantas veces nos apetezca utilizando el "bote de línea", lo mismo que hacen algunas niñas de Castropol de edad escolar y que van al colegio a Ribadeo. A Ribadeo también podemos llegar desde La Coruña; si lo hacemos así, entonces tendremos ocasión de admirarnos ante la punta de la Estaca de Bares, antigua conocida de todos desde nuestros primeros estudios infantiles de Geografía; visitar el pueblo pesquero de Bares, con su playa de arena finísima; llegarnos hasta Vivero y Foz, y si se tiene la suerte de ser oportunamente dirigido, como me ocurrió a mí, comer muy bien en un restaurante campestre regentado

por alguna emigrante repatriada que aprendió el arte culinario en América y que de postre pone su especialidad: el soufflé.

Pero convendrá que dejemos las excursiones por la bella provincia lúxense y volvamos a su capital, si es que queremos disponer de espacio para decir algo de ella. Para nosotros, Lugo es una capital de provincia muy característica y con un ambiente provinciano evidente. No habrá más remedio, supongo, que cuanto antes aclare que empleo los términos provincia y provinciano en su sentido más entrañable y no, sino todo lo contrario, en el peyorativo con que a veces lo utilizan algunos deslenguados. Creo que, en efecto, la provincia es la reserva espiritual de España, como dijo alguien, y que el que no sea provinciano que levante el dedo; está pero que muy feo hablar mal y renegar de nuestros orígenes, y no será yo quien lo haga.

Decíamos, por tanto, que Lugo es una capital de provincia (una de las cuatro gallegas, por más señas) que se asienta en una llanura a orillas del río Miño y que es la sucesora de la romana Lucus Augusti.

Acudiendo a la enciclopedia Espasa, aunque sea en su edición abreviada, nos enteraremos de que Lugo "está rodeada por una importante muralla romana de 2.132 m. de circuito, 4,5 m. de espesor y 10 a 14 m. de altura, reforzada por unos 50 cubos y perforada por varias puertas, entre las cuales merecen destacarse las de Santiago, la Nueva y la de San Fernando; constituye un excelente paseo". Por la enciclopedia nos informamos, está claro, de las principales características de la muralla, que no de su existencia, sabida ya por nosotros de antemano a su visión directa y después inolvidable. Sin hacer mucho caso a las demás, sin duda interesantes para un guía de turismo—y que, por cierto, varían algo, aunque poco, de las que ofrece Alvaro Cunqueiro: 2.130 m. de longitud, 5 m. de espesor y 15 m. de altura—, vamos a detenernos ante la última cosa que se nos dice: "Constituye un excelente paseo."

Pero ¿qué es un paseo? En seguida lo encontramos definido de la siguiente manera: lugar o sitio público destinado para pasearse, sea en coche, a pie o a caballo. Dejando aparte que el autor de la definición olvida la bicicleta y la motocicleta, instrumentos ambos idóneos para pasearse, no cabe duda que para llegar a una conclusión válida nos es necesario saber qué se entien-

de por pasearse. Sigamos sin sofocarnos (ya que estamos dando vueltas al tema del paseo, no conviene olvidarlo), y encontramos al fin que pasear no es otra cosa que andar por diversión, o por hacer ejercicio, o por tomar el sol. Sí, claro, pensamos, no está mal, y una de las diversiones, no cabe duda, es la de contemplar los paisajes naturales o urbanos que se ofrecen a nuestra contemplación durante el paseo. En este sentido, el paseo por las murallas de Lugo era verdaderamente singular. A extramuros podíamos admirar la verde campiña y las riberas del Miño; mirando hacia dentro, el congruente caserío, al que dominaba el volumen sereno de la catedral. Nosotros, que hemos hecho parte del recorrido, lo recordamos con mucho agrado. Hoy, a la vista de los documentos gráficos, que no mienten, no puedo menos que lamentar los errores cometidos con las nuevas construcciones intramuros, que soberbiamente han venido a romper la armonía urbana que se contemplaba. La verde campiña y las orillas del río también empiezan a ocultarse tras el ordenado caserío de los ensanches periféricos. A pesar de las dificultades que el Manzanal y Piedrafita representan, hasta aquí llegó el mal ejemplo capitalino, ya que, justo es reconocerlo, los volúmenes que rompen la tradicional fachada madrileña sobre el río Manzanares son cronológicamente anteriores a estos nuevos lúxenses.

En todas las orientaciones de nuestra geografía han ocurrido hechos similares, produciéndose una pueril competencia en la altura de las edificaciones. En determinados lugares el hecho no ha tenido mayor importancia, pero en ciudades con carácter, historia y monumentalidad para dar y tomar, como es el caso de Lugo que nos ocupa, los resultados no han podido ser más lamentables. Sí; no cabe duda, tendremos todos que afanarnos si queremos ver por vez postrera las conocidas siluetas y perspectivas urbanas de nuestras ciudades, que las nuevas construcciones amenazan por doquier. Unicamente resta la seguridad de que es inmutable el Cantábrico, que contemplaremos siempre cuando demos la vuelta a Urgull por el paseo nuevo de San Sebastián, o el Mediterráneo, visto desde el impar camino al borde del mar en S'Agaró.

También vemos (para esto no hacían falta fotografías, pues fácil es suponerlo) que la amenaza del automóvil se cierne ya de manera cierta sobre el futuro de los espa-

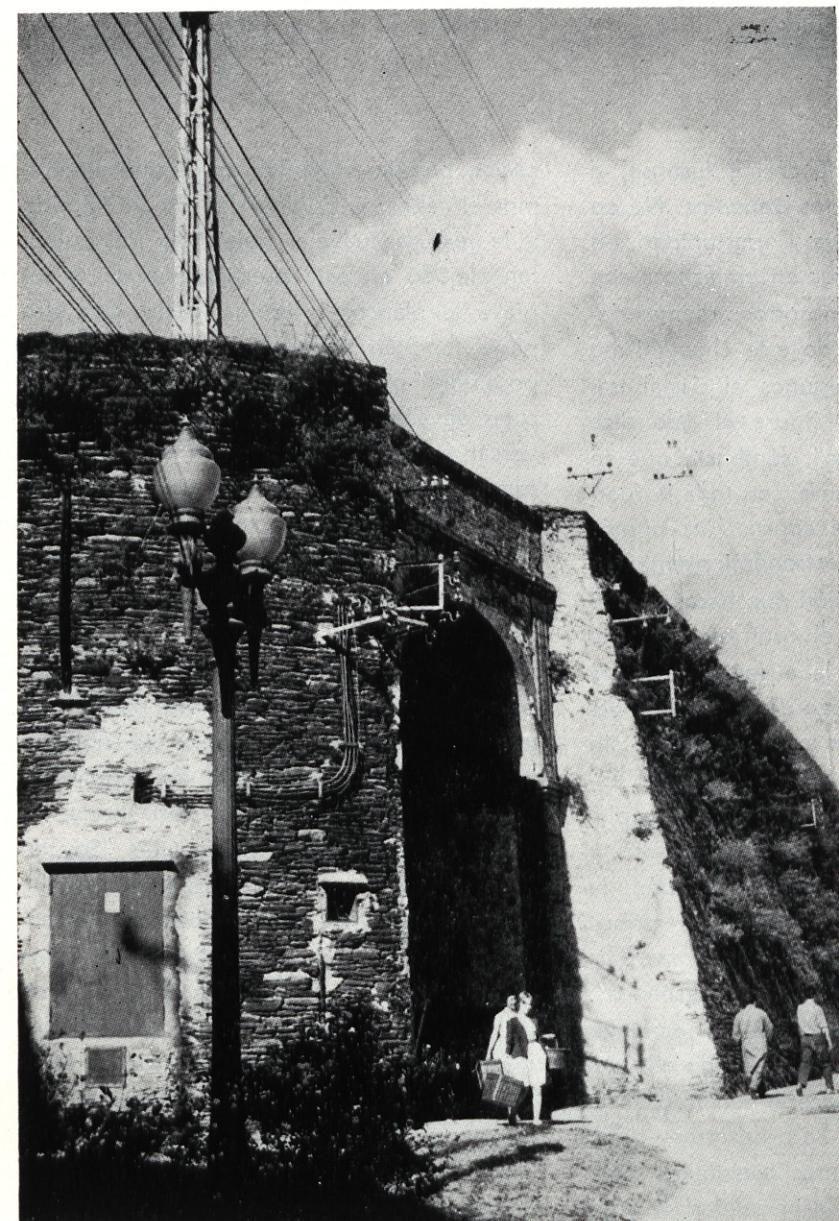
cios urbanos de Lugo. Está demostrado que a medida que en las ciudades va disminuyendo la escala de su tejido urbano, mayores son los problemas y complicaciones que la motorización masiva inevitable producen. Así, en nuestro país no cabe duda que Barcelona será la ciudad que mejor librada, dentro de la gravedad del tema, saldrá de la acometida imparable del motor. Para Toledo, por ejemplo, el porvenir que avizoramos es más bien sombrío. En el caso de Lugo tampoco podemos ser optimistas, por lo que lealmente avisamos que cuanto antes se tomen las medidas necesarias para intentar paliar lo que se avecina, mejor. Parece como si las ciudades fuesen igual que los seres humanos, y sucede que inevitablemente, lo mismo que es inútil pretender dar el salto de niño a mocito sin haber pasado antes el sarampión, las ciudades tienen que comprobar en su propia carne urbana todas las enfermedades y secuelas que la experiencia enseña han pasado anteriormente las más adelantadas y sin que esto se pueda evitar.

Porque en Madrid, por ejemplo, ya estamos acostumbrados y contentos cuando podemos dejar el automóvil a doscientos metros de nuestro destino. Supongo que en Lugo, como ocurría aquí hace bien poco tiempo, seguirán con la buena costumbre de pretender llegar al lugar deseado y no andar más de cuatro pasos. Yo lo que quiero decir es que es inútil que para prolongar —por poco tiempo, lo aseguro—la llegada en coche—que podríamos llamar a pie de obra—a las proximidades del destino del conductor, modifiquemos los elementos urbanos. Si la ciudad sometida a las modificaciones inútiles de que hablamos tiene el ambiente, la importancia monumental y la personalidad inconfundible de Lugo, por ejemplo, entonces todos los cuidados son pocos.

Jugando a adivinos (con ventajas, pues este augurio no puede fallar), diremos que en un futuro más o menos próximo determinadas calles del núcleo urbano de Lugo serán cerradas al tráfico rodado. Entonces, ¿para qué el ensanche de sus calzadas a costa de aceras y paseos arbolados? ¿Para qué el construir estacionamientos subterráneos (seguro que ya se está pensando en ello), cuando al final la solución indispensable será la desaparición del tráfico de esa zona? Claro que hoy, así parece, el mayor timbre de gloria que gusta tener a una



...DETERMINADAS CALLES DEL NUCLEO URBANO DE LUGO SERAN CERRADAS AL TRAFICO RODADO. ENTONCES, ¿PARA QUE EL ENSANCHE DE SUS CALZADAS A COSTA DE ACERAS Y PASEOS ARBOLADOS? ¿PARA QUE EL CONSTRUIR ESTACIONAMIENTOS SUBTERRANEOS? SEGURO QUE YA SE ESTA PENSANDO EN ELLOS...



UTILIZACION DE LA MURALLA PARA FINES ELECTRICOS.

ciudad es el poseer un estacionamiento subterráneo, porque con ello se prueba que la congestión e incomodidades de ella son comparables a los de otra ciudad más adelantada e importante, digamos Madrid. Así sucede en todas partes. Aquí la euforia rebosa y salta a la vista en los vecinos de la villa, ya que algunos aseguran que nuestra ciudad es ya bastante más incómoda y congestionada que Nueva York y que las inversiones en pasos inferiores y superiores tendrán que multiplicarse en los próximos años. ¡Qué le vamos a hacer!

Como capital de la provincia, la ciudad de Lugo tiene un importante sentido como centro de comunicaciones por autocar, sistema por el que se llega rápidamente desde todos los pueblos de la provincia todos los días, principalmente los martes y viernes, que es día de feria, para resolver los asuntos administrativos de rigor, o para ir al dentista, o para comprar algún regalo de boda y tantas otras cosas. Los autobuses, estoy casi seguro, también crearán sus correspondientes problemas. Procede, a mi juicio y desde lejos, solucionarlos, pero nunca a costa de dañar lo más mínimo del acervo monumental y ambiental de la ciudad, que hay que procurar conservar a ultranza.

Porque resulta, además, que las ciudades, sin que nos demos cuenta, se van uniformando poco a poco y conviene luchar por la supervivencia de los signos diferenciales válidos que posean. Los anuncios y llamadas



...LAS COMPOSICIONES VOLUMETRICAS DEL VIEJO CASERIO, DE ESCALA
TAN MENUDA Y QUE TANTO NOS RECUERDAN A ALGUNOS CUADROS DEL
PINTOR AGUSTIN REDONDELA...

publicitarias, con su repetición insistente en cualquier paralelo y geografía, tienen una gran influencia en la uniformidad de que hablaba. Fácilmente podemos ver el mismo anuncio del mismo biodetergente o de la misma máquina de afeitar eléctrica en Huelva, en Lugo o en Alberique (Valencia), pongo por lugares con características ambientales y paisajísticas bien diferentes. Resulta, por tanto, pensamos nosotros, indispensable la protección y defensa de los valores diferenciales de cada ciudad como una herencia legítima que se debe transmitir. Así es que consideramos importante en grado sumo procuren los lúcenses conservar el inconfundible color de los paramentos y cubiertas de los edificios de su ciudad, estas últimas variando, según la estación, del gris azulado veraniego al ocre verdoso invernal; las composiciones volumétricas espontáneas de su viejo caserío, de escala tan menuda y que tanto nos recuerdan a algunos cuadros del pintor Agustín Redondela; los blancos miradores, tan profusos en las fachadas de las casas de viviendas, antípico del Cantón coruñés y recuerdo de la capital de Alava, y todos aquellos otros que contribuyan a subrayar su originalidad urbana.

No sería honesto por nuestra parte dar fin a estas líneas sin dedicar una mención,

aunque sea breve, a la cocina lúcense, a quien tantos buenos ratos debemos. No en balde, y con toda justicia y oportunidad, en la colección de adhesivos encomiásticos con que, sin que sepamos nosotros adivinar claramente la motivación de este chauvinismo motorizado, decoran algunos el cristal trasero de su automóvil figura el que dice "...y para comer, Lugo", sentencia que se dice, lo cual es importante, con toda la fuerza y seguridad que le aportan los puntos suspensivos previos. Gastronómicamente no tenemos ninguna objeción que hacer al arte culinario gallego; por el contrario, admiramos su simplicidad y la ausencia absoluta de ringorrangeos. Un trozo de carne de Moaña es eso: un trozo de carne exquisita sin más. La merluza a la gallega tampoco enmascara al manjar base. Aceptamos complacidos el chorizo, los grelos, los cachelos y el lacón. En otro apartado, el camarón, la nécora, el "buey", los centollo de ambos sexos y los percebes tienen usia en las rías, igual da altas que bajas. Vinos "gaseados", ribeiros, albariños... La tarta de Santiago y la episcopal de Mondoñedo. Todo ello encomiable y digno de hacerle con frecuencia el honor que merecen. Pero nosotros—debe ser una manía—colocamos delante de todo ello el "pulpo a feira", especialidad de esta

cocina popular regional, en el que admiramos el sabor, la originalidad de su colorido y la textura suave y gelatinosa del pulpo, tan alejado en esta presentación de la sepiá a la plancha levantina, plato, por otra parte, también riquísimo. Pues bien: el "pulpo a feira" gallego alcanza sus más elevadas cotas de bondad y goza de merecida y universal fama precisamente en Lugo, y profundizando un poco más, sabe aún mejor si se come el día del santo patrono de la ciudad: San Froilán.

Diré también, y con esto termino, que para saber si un gallego, al que esta primera condición es fácil conocerle por el peculiar y dulce acento con que pronuncian el idioma castellano, es natural de Lugo, no hay más que preguntárselo, en seguida lo sabremos. Inevitablemente hará honor al conocido refrán, dicho o aforismo: "Soy de Lugo y no lo niego." A ellas no hace falta preguntarles nada para localizarlas. Paseando por el Cantón y la calle de la Reina cuando hace sol, o bajo los soportales de la plaza Mayor cuando llueve, es fácil distinguirlas. Otra de las características de Lugo (también lo dice la enciclopedia Espasa, aunque tampoco hacía falta en este caso, pues salta a la vista) es que "goza de fama por la belleza de sus mujeres".